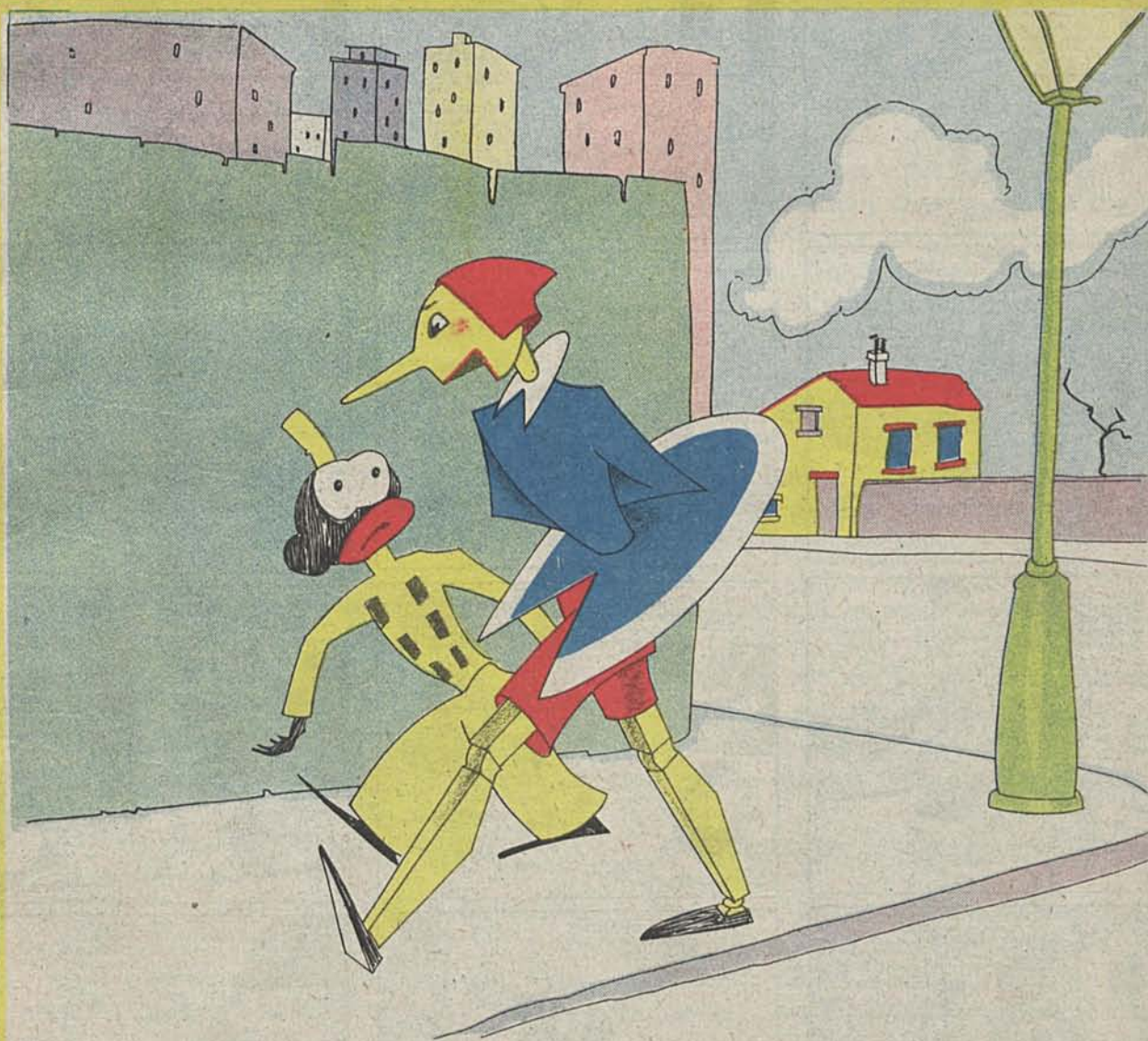


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 268

25 cts

9 FEBRERO
1930



- TIENES QUE ESCRIBIR UNA CARTA A MI AMIGO PEPITO!
- PERO CURRINCHE ¡SI NO SE ESCRIBIR!
- ESO NO IMPORTA ¡NO VES QUE MI AMIGO NO SABE LEER!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
E. GIOVANOLA Y J. M. BARBIERI

(Continuación)

por un momento que me hallaba delante de un chino auténtico; sólo observándole mejor, la

línea afilada de la nariz y el corte de los ojos me persuadieron de su origen europeo. El pobrechillo hablaba fatigosamente, jadeando y tosiendo, con un hilo de voz, en correcto francés:

»¿Viene usted enviado por el hijo de...?—El nombre le quemaba la lengua, evidentemente.

»—De D'Alimand—terminé yo—Vengo efectivamente por él, aunque no me haya dado el encargo él en persona. Fué un amigo común, un periodista como nosotros, quien me dió todas las instrucciones para venir aquí y para...

»El rostro del enfermo púsose aun más terroroso; un violento golpe de tos sacudió todo su débil organismo por algunos momentos. Yo me interrumpí.

»—Y ¿quién es?—me preguntó el enfermo cuando se le calmó el acceso, con voz de estertor—, ¿quién es ese amigo de ustedes?

»—Ralph Hodgsonfield, de la *British Life*.

»—No le conozco. ¿Y ese... ese es amigo de D'Alimand?

»—Como lo soy yo, caballero.

»—¿Pero usted es francés, verdad...? usted se llama Man...?

»—Mandiguet. Juan Mandiguet, de Marsella, corresponsal de la *Presse Universelle*.

»—¿Y usted conoce mi verdadero nombre?—preguntó casi en voz baja, despues de una pausa.

»—Ciertamente; y si usted lo desea, puedo contarle cómo lo he conocido. Usted es el exteniente Larouchy.

»El exteniente tuvo un leve sobresalto; tembláronle los labios, sus ojos se perdieron como tras de una sombra que descendiera rápidamente sobre su indefinible angustia.

»—¡Qué años he pasado aquí! Si usted supiera... Mi vida, desde entonces, ha sido un continuo morir, una pena asidua, un remordimiento sin tregua ni paz. El perder mi familia ha sido un castigo demasiado severo para mi culpa, señor... ¡ha sido una terrible expiación!

»Ahora las lágrimas le rebosaban de la sombra densa de su alma y de su remordimiento, y le bajaban lentas por las mejillas demudadas, hasta bañar sus largos mostachos amarillentos. Aquel dolor que nacía de un terror inconfesable, despertaba en mí una infinita piedad; y hasta mis ojos debían de irradiar aquella conmoción que confina con los derroteros del llanto.

»—¡Perdóneme!—dijo el desdichado, secándose los ojos con el pañuelo—. Sea usted misericordioso con un miserable que mil veces ha maldecido su culpa, sin haber tenido jamás, sino al afrontar la muerte, el valor de confesarla.

»Luego, pareció querer recobrar el dominio de sí mismo y tratar la cuestión como hubiera tratado un negocio. Incorporóse, levantó la cabeza, y con voz más firme y segura me interrogó:

»—¿Y ese amigo de usted y de D'Alimand, qué le escribió?

»—Aquí está su carta—dije sacándomela del bolsillo—¿Puedo leerla en presencia de...?—añadí señalando al chino que estaba rígido al lado de la butaca del enfermo y parecía absorto en alguna meditación filosófica.

»—Es mi enfermero. Puede usted leer. No entiende una palabra de francés.

»Kien-tsing escuchó mi lectura con la cabeza

inclinada sobre el pecho, sin interrumpirme una vez sola, pero temblando a intervalos como en un escalofrío febril. Cuando le pasó, dijo entre dientes, sin mirarme a la cara, como si hablase con su misma sombra:

»—¡Y yo había dudado de su fidelidad! ¡Pobre Garré! También él... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Otra víctima de mi delito!

»—Sus recuerdos espantosos volvían a hacer presa en él. Y prosiguió con voz menos débil:

»—Garré... Garré fué arrastrado a la fuerza... por la eventualidad del momento, por mis instigaciones, por mis promesas, a aquella mala acción... Era bueno, sencillo, leal, incapaz de una infamia... ¡qué digo! incapaz de un pensamiento que no fuera honrado y confesable. Después del acto, fué un hombre ya sin voluntad, sin razones ya para seguir viviendo. Con la sencillez de su naturaleza plebeya, con la adhesión ciega y tenaz del subordinado, se aferró a mí, y ya no quiso dejarme. Embarcóse conmigo y con los otros en Saint-Malo, y conmigo vino hasta aquí, decidido a unir para siempre su suerte a la mía; y aquí fué un precioso colaborador en mis esfuerzos por hacer próspera y benéfica esta colonia agrícola que yo creé con la esperanza de que el trabajo asiduo y la práctica del bien conseguirían sofocar en mi memoria el espantable fantasma de mi pasado. Y ahora... él también muerto, desaparecido... ¡Ah! pero él siquiera ha dejado de sufrir!

»Calló. En sus ojos reverberaba, con llama siniestra el fuego inextinguible de su dolor. Después continuó su lastimoso interrogatorio:

»—Y el capitán D'Alimand... ¿vive aun?

»—¡Sí! —respondí tristemente—. En el Penal de Senegambia.

»—¿Y su hijo?

»—Es uno de los jóvenes más estimados y queridos del periodismo parisiense. Ahora está en *La Actualidad* como redactor en el extranjero. Naturalmente, pocos, entre sus muchos amigos, conocen su desventura.

»Otra pausa, penosísima. El casi-chino intentó vanamente dar otro rumbo a la conversación.

»—He sabido que durante las últimas etapas de su viaje tuvo usted que sufrir las violencias de unos malhechores... ¿Querría usted contarme...?

»Yo le referí entonces mis peripecias y él quiso que le describiese con exactitud los rasgos físicos de los dos bribones que me habían capturado.

»¡Ah, sí! Reconozco al bajito, calvo y rasurado—exclamó—. Es Fayollet, que parece haberse hecho uno de los más poderosos banqueros de París. Y al otro también: es Armagnac, el cual ha tenido la desfachatez de presentarse con un nombre falso, pretendiendo quizás hacerse pasar por el emisario de D'Alimand...

»—¿Y le ha visto usted? ¿Le ha hablado?

»—Le he visto y le he hablado. Pero le he reconocido instantáneamente, aunque las patillas alteran su fisonomía y los años le han llenado la cara de arrugas. Y entonces, el pérfido trató aun de engañarme, afirmando que Garré me había hecho traición y que de ese modo habían podido él y los demás conocer mis intenciones. Quería obligarme a hacerle entrega de todos los documentos o a destruirlos en su presencia. Le hice despedir por mis criados, y salió gritándome desde la puerta que por la fuerza me arrancaría lo que acababa de rehusarle.

»—¿Y todo eso ocurría...?

»—Hace casi un mes. Puede usted figurarse la sacudida que recibió con ello mi salud; creo que ya nunca podré reponerme. Pocos días después de la entrevista, penetraron en mi casa los ladrones; pero mis criados les sorprendieron a tiempo logrando apoderarse de algunos, todos tártaros, que confesaron haber sido encargados de la empresa por dos blancos. Cierta noche, una numerosa banda de tártaros tomó de improviso el país por asalto; pero al fin llevaron la peor parte. Todos mis servidores, dependientes, colonos y operarios, hasta los viejos, hasta los jovenzuelos, tomaron las armas y se defendieron denodadamente, rechazando a los

(Continuará en el número próximo).



LA ESTRELLA ERRANTE

UNA hermosa mañana de agosto de 1900, una sorpresa inaudita colmaba la admiración de los excelentes vecinos de San Francisco de California, la rica y populosa ciudad de magníficos alrededores, sin rival en toda la costa americana que bañan las ondas del Pacífico.

Las calles inmensas que cruzan aquella ciudad gigantesca, las plazas, los puentes, los tejados de las casas, las terrazas y las góricas, tan numerosas en las ciudades de California, después de una noche en calma y perfectamente seca, aparecían cubiertos de innumerables papelitos multicolores, que no contenían más que dos palabras: ¡ESTRELLA ERRANTE!

Como es fácil imaginarse, un profundo estupor se había apoderado de todos los habitantes de San Francisco.

¿Qué podría ser la ESTRELLA ERRANTE? ¿Algún producto nuevo, del que se hacía una propaganda netamente americana? Pero ¿quién había podido, en ocho o diez horas apenas, cubrir la inmensa ciudad con aquella millonada de anuncios? Millonada es poco; los papelitos aquellos eran incontables.

Pero hacer una distribución semejante habría sido preciso un ejército de repartidores y miles de escalas aéreas para arrojarlos por encima de los tejados.

Los noctámbulos que acostumbraban a volver a sus casas a las dos o las tres de la madrugada, aseguraban, por su parte, con toda seriedad que en las calles de San Francisco nada habían visto... fuera de algún gato fugitivo; ni siquiera una cuadrilla de repartidores.

Entonces, ¿quién había podido inundar de anuncios la ciudad de aquel modo? ¿Y de qué medios se había valido para no ser visto?

Aquel acontecimiento, absolutamente extraordinario, desconcertaba a todos, aun a los hombres de ciencia y a los periodistas.

La cosa no parecía natural, sino

de brujas, cuando no del mismísimo demonio. De un modo o de otro, la conmoción fué enorme, y la curiosidad crecía por instantes.

Aquel nombre, ESTRELLA ERRANTE, corría de boca en boca, en las casas, en los hoteles, en los bares, en los casinos, en la calle...

La Bolsa, ante aquella conmoción, no pudo permanecer indiferente, y se cruzaron apuestas en toda la línea, según costumbre americana.

La ESTRELLA ERRANTE se cotizó como un título de renta o como una acción de mina de oro, aun cuando nadie supiera de qué se trataba.

Este era el punto principal de las apuestas:

—¡Mil dólares a que se trata de una marca nueva de barniz!

—¡Quinientos a que es un bicho fenomenal!

—Nada de eso. ¡Mil quinientos a que es una famosa domadora!

—No, debe de ser un pulpo raro. ¿Quién se apuesta cinco mil dólares?

Estos gritos resonaron durante las siguientes veinticuatro horas en las inmensas salas de la Bolsa de la capital de California.

Ocho días transcurrieron desde aquel suceso inexplicable, cuando una nueva lluvia de prospectos de todos colores, más abundante que la primera, cubrió otra vez la ciudad.

«El jueves 21 de agosto, al mediodía, en *Garden Square*».

Fuó aquello otra vivísima conmoción que sacudió a los habitantes de la ciudad, desde el centro a los arrabales.

Faltaban tres días, pues aquella insólita granizada ocurrió en la noche del lunes. ¡Tres días aun en poder de una impaciencia indescriptible!

Una verdadera fiebre se había





apoderado de todos. Apenas se trabajaba ya en San Francisco. Todos los negocios estaban en suspenso, con grave perjuicio para los miles de barcos que en vano esperaban a cargar los géneros destinados a todos los puertos del mundo.

La policía, preocupada y temiendo alguna desgracia, se puso en movimiento para tratar de descubrir a los autores de aquella lluvia fenomenal, sin obtener el menor resultado de sus pesquisas. Los agentes encargados de la vigilancia nocturna nada habían visto de extraordinario en las calles de la capital durante la noche del lunes.

Tan sólo vieron caer de lo alto millones de anuncios, que parecían transportados por el viento, pero sin descubrir a nadie que se ocupara en esparcirlos.

Muchos trasnochadores que habían regresado a sus casas después de media noche, afirmaban también que ellos vieron caer los papeles de lo alto, y nada más.

Entretanto, la fiebre de la curiosidad aumentaba entre la población de California, y las apuestas más extravagantes seguían cruzándose con verdadero furor. Al cabo, la excitación llegó al extremo de originar disputas, algunas de las cuales degeneraron en riñas y duelos.

El 21 de agosto, por la mañana, todo el mundo estaba en la calle. La muchedumbre agitábase en incesantes oleadas dentro de los inmensos jardines del *Garden Square*, contenida a duras penas por un regimiento entero de agentes de Policía.

Las autoridades habían adoptado medidas excepcionales, haciendo acudir centenares de agentes de todas las ciudades próximas, y el Gobernador militar tenía una parte de la guarnición, con varios regimientos de artillería, apostada en los alrededores del parque, pues no faltaban quienes habían hecho correr la voz de que se trataba de un movimiento revolucionario hábilmente preparado.

El señor Melville, inspector jefe de Seguridad, enviado expresamente de Washington por orden del Gobierno había mandado dejar en el *Garden Square* un vasto espacio libre.

Al asumir la dirección de las innumerables patrullas de agentes, creyó conveniente dejar aquel claro, porque el inteligente y bravo funcionario, reputado como uno de los mejores de toda la Confederación, había pensado en algo que nadie sospechaba: en que pudiera tratarse de algún maravilloso descubrimiento aerostático.

Al mediodía, el *Garden Square* era un mar de cabezas humanas. Miles y miles de personas ocupaban todas las glorietas y los paseos, los bosquecillos y las praderas, pisoteando, y destruyendo todo, y estrujándose unos a otros como anchoas en lata.

Las calles adyacentes estaban asimismo repletas de gente alborotadora, que hacía esfuerzos sobrehumanos para desembocar en las avenidas del parque.

La policía era impotente y amenazaba ser arrollada; los mismos regimientos de artillería, acosados por todas partes, podían apenas mantener en orden sus filas ante el impulso de la multitud.

Pocos minutos después, un grito inmenso, salido de cientos de miles de pechos, se extendió de un extremo a otro del parque, repercutiendo en todas las calles, en las azoteas, en los tejados y aun en los puentes de los barcos, llenos también de curiosos.

—¡Mirad! ¡Mirad!

Una línea oscura, algo confusa a causa de la distancia, había surgido de improviso en dirección a los montes de la costa y avanzaba hacia la gigantesca ciudad con celeridad pasmosa, agrandándose a simple vista.

¿Qué era aquéllo? Nadie habría podido decirlo. Por el momento no se distinguía más que una línea, que rápidamente iba tomando la forma de un cigarro o de un huso con ciertos relieves a los lados y por encima, que bien pudieran ser hélices.

Descendía de los montes con increíble velocidad. Unos segundos después de su brusca aparición, ya comenzaban a apreciarse bien sus formas.

—¡Una aeronave!—gritaban de todas partes—¡Bravo! ¡Bravo!

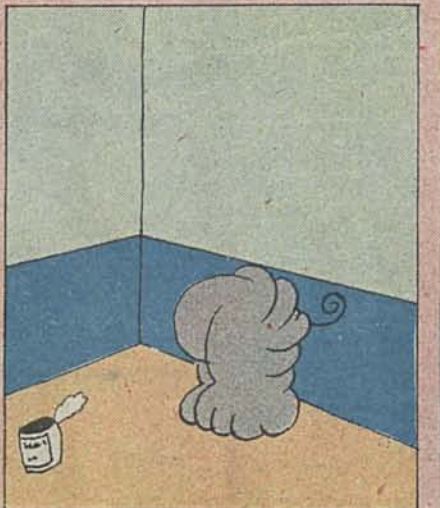
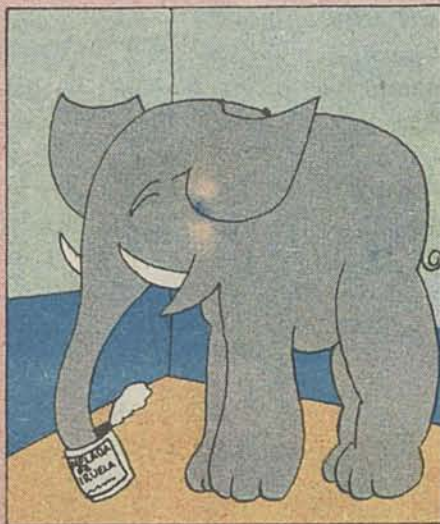
—¡Mil dólares a que lleva cinco hombres!

(Continuad en el próximo número).

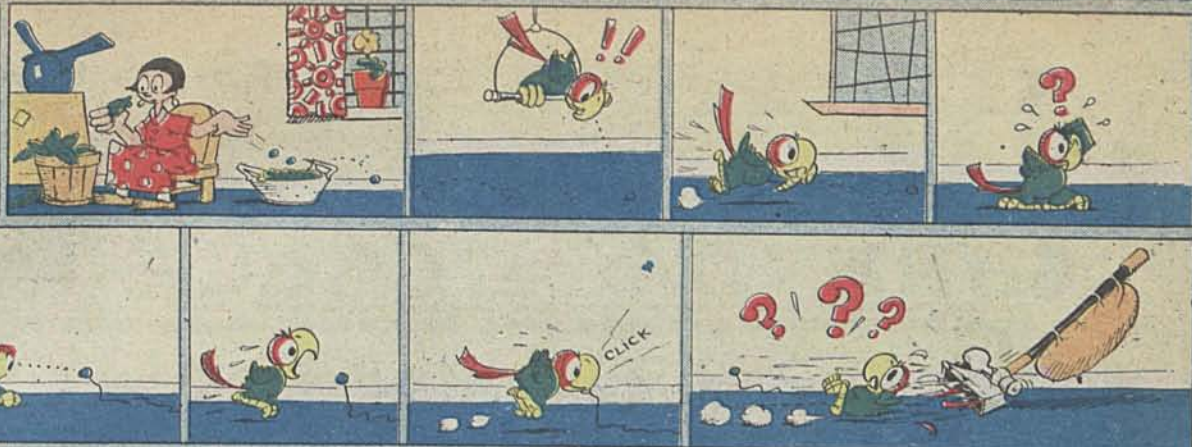




DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

¡CARABÍ CARABÓ!



UNA vez bajó Arturito a su jardín, y al sentarse al pie de una acacia oyó a una hoja de trébol que decía:

—Yo soy Antonio.

Y una de las puntas de la hoja se convirtió en la cabeza de un niño diminuto.

—Yo soy Juanita — exclamaba la segunda punta de la hoja. Y apareció una niña microscópica.

—Y yo Perico.

Y otra cabeza asomaba al lado de las anteriores.

—¡Demonche!—exclamó Arturito—; esto se puede poner en música con la jota de los ratas.

Acercóse al trébol y dijo:

—O me decís quiénes sois, u os arranco de raíz.

Tembló la rama, y de otra inmediata salió una voz muy triste que decía:

—No los matéis, por Dios, que son inocentes de toda culpa: volved esta noche a las doce y os maravillará lo que veáis.

El niño obedeció gustoso y se marchó, dispuesto a volver aquella noche.

En efecto: serían las once y media cuando Arturito bajó al jardín, y, ocultándose entre un grupo de magnolias, esperó a que sonara la hora convenida.

Apenas el reloj de la iglesia dió la última campanada de la media noche, cuando se oyó un ruido por el aire, y a poco se posó en el suelo un caballo blanco como la nieve y provisto de unas grandes alas que sacudió en el momento de tocar en tierra. De aquellas alas escaparon millones de gotas de agua que cayeron en menuda lluvia sobre las plantas del jardín; aquello fué mágico; instantáneamente todas las plantas adquirieron las formas más inopinadas.

El trébol se convirtió en un precioso estrado cubierto de un espléndido dosel de terciopelo y oro, y sobre tres sillones dorados, tres niños de deslumbrante hermosura lucían lujosos vestidos, en los cuales lo elegante y lo suntuoso se disputaban la primacía.

Las acacias se transformaron en pequeñas torres de brillante plata, llenas de soldados que presentaban las armas a los niños en señal de homenaje.

El grupo de magnolias era un castillo de piedra con un puente levadizo de acero, sujeto por cables de encarnada seda entretejida de oro.

Multitud de pajes de vistosos uniformes, soldados a caballo provistos de lanza y con lucientes cascos adornados de airosas plumas, recorrían el jardín en todas direcciones.

En esto dió un relincho el caballo, y todos quedaron inmóviles y llenos de terror.

—¡Carabí! ¡Carabó! Dos minutos os quedan de estar como yo—gritó el caballo.

Y al oírlo lloraron todos, menos los tres Príncipes, los cuales se levantaron exclamando:

—Mago traidor, Dios querrá que pagues tus crímenes.

El caballo se puso en dos pies, y, después de terrorífico relinchar, gritó:

—¡Carabí! ¡Carabó!

Y en el acto volvieron todos a recobrar su forma anterior. Dió un salto el caballo para lanzarse al aire, agitó las alas y comenzó su vuelo; pero aquella vez no fué solo, porque al agitar la cola había dado con ella al buen Arturito, arrollándosela al cuerpo; el muchacho se agarró a ella para no caer, y cuando quiso darse cuenta se encontró en el aire a más de mil metros del suelo. Entonces se sujetó con todas las fuerzas que da el miedo, sin hacer caso de los relinchos del caballo, que le decía, volviendo la cabeza:

—Suéltame, o te rompo los sesos de una coz.

En esto fué bajando el caballo hacia la tierra, atravesando nubes y rompiendo nieblas, hasta que, al amanecer, llegó a un lindo palacio, cuyo techo de oro y pedrería se abrió por sí solo para dar paso a aquel caballo singular; y, ya en el suelo de la enorme sala del palacio y a pie firme, dijo:

—¿Quieres hacer el favor de soltarme?

—Según y cómo—dijo Arturito—, porque ahora empiezo a tomarle el gusto a este sistema de viajar.

—Pues, hijo, lo siento, pero se te acabó el burro para siempre.

Y diciendo esto comenzó a dar botes de carnero por la habitación, con ánimo de estrellar al pobre Arturito; pero





éste, tieso que tieso, no se soltaba aunque le matasen. Entonces el caballo se sentó para ver si reventaba con su peso al niño; pero éste, con un hábil movimiento, quedó fuera de

la grupa y sentado en el suelo.

—Vaya exclamó—, no hagas más tonterías, porque para tirarme tienes que arrancarte la cola.

—Eso no—gritó el mago—; prefiero que hagamos un convenio. ¿Qué quieres y me sueltas?

—Dime primero cómo haces recobrar a las flores la forma humana.

—Con agua de las nubes. ¡Bájatelo!

—No quiero; ahora dame de comer.

Dió el caballo una patada en el suelo, y al momento aparecieron varias mesas cubiertas de manjares. Con una mano, y sujetándole con la otra, fué Arturito comiendo de lo que mejor le pareció, y cuando estuvo satisfecho, dijo:

—Ahora mismo me vas a llevar a casa.

El caballo se resignó, y, tomando de nuevo vuelo, subió a los aires dirigiéndose hacia el jardín de Arturito; pero éste, al cruzar por las nubes, fué mojándose toda su ropita, empapándola en aquel líquido prodigioso. Cuando llegaron, y antes de que el caballo tuviera tiempo de volverse, salió corriendo Arturito y se refugió en su casa. Buena fué su precaución, porque el mago le siguió con ánimo de morderle; pero, cuando quiso recordar, ya estaba el niño en su casa. Aun no había hecho el caballo más que tender el vuelo y desaparecer del horizonte, cuando Arturito salió de nuevo al jardín, y, sacudiendo su ropa, dejó caer sobre las plantas el agua de nube de que estaba empapada. En el acto recobraron su forma primitiva todos los encantados, viendo con gran sorpresa que no era el mago el que los desencantaba. Al recibir tal sorpresa, avanzó Arturito hacia



el estrado, y dijo a los jóvenes:

—¿Quiénes sois?

—Somos los hijos de Ali-Tebelin, el Emperador.

—Pues daos prisa a desaparecer de aquí, porque a las doce de esta noche volverá el mago.

—Gracias, amable niño—dijo uno de los Príncipes—; pero no nos iremos sin preparar a ese hombre una sorpresa y dádole algo que no se le caiga.



En efecto; prepararon unas cuerdas muy fuertes atadas a las torres y aquella noche, cuando llegó el caballo, antes de que hubiera podido enterarse de lo que ocurría, se encontró atado por el cuello por las alas y por las patas, y todos los guerreros y los pajes, provistos de fuertes garrotes; descargaron sobre él tal lluvia de palos, que le pusieron como nuevo.

—Toma, ¡Carabil!

—Toma, ¡Carabó!—gritaban.

Y la granizada de palos era tal, que el mago pidió que le perdonasen.



—¡No hay perdón!—gritaba Arturito—Duro con él hasta que estire la pata.

Fueron tales sus quejidos, que, al fin, Arturito, lleno de compasión, se le acercó y le dijo:

—¿Cómo quieres que te soltemos, exponiéndonos a que te vengues de nosotros?

—Para eso no tienes más que arrancarme la pluma mayor de cada ala, y al punto quedará desprovisto de poder.

Hízolo así Arturito, y en el acto el mago adquirió la forma humana, viéndose que era un enano asqueroso que casi no podía moverse. Tocóle nuevamente con las plumas, y se transformó en un loro enjaulado, que comenzó a gritar:

—¡Carabil! ¡Carabó!

¡Para mí todo se acabó!

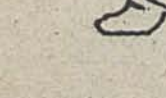
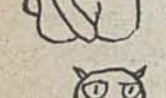
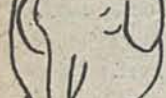
Arturito avisó a sus padres dándoles cuenta de la extraña aventura, y les pidió permiso para acompañar a los Príncipes. Quedaron los papás de Arturito maravillados al ver su jardín convertido en fortaleza, y al saber la serie de peripecias que, sin ellos enterarse, habían ocurrido, otorgaron su permiso y en seguida se organizó la expedición. Montóse Arturito en una de las plumas mágicas, llevando a la grupa a la Princesa. En la otra pluma cabalgaron los Príncipes, y todos los demás se agarraron unos a otros. A una señal volaron todos y, en un periquete se encontraron en su patria.

Allí fué obsequiado espléndidamente Arturito, viendo recompensado su esfuerzo por una vida larga y feliz al lado de su familia.

FIN



¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Me interesaría que tratásemos de un animalito que llama mi atención extraordinariamente. Su nombre ha despertado mi curiosidad y su figura, que he visto en unas bonitas fotografías de las regiones polares, me ha intrigado mucho. Me refiero al pájaro bobo.

Me lo figuraba, querido Chononcito. Eso de llamar bobo a un pájaro es cosa que llama la atención, porque los pájaros son tal vez los animalitos más vivos, más listos y más ágiles que hay en el mundo. Sus ojillos, a pesar de ser tan pequeños, lo ven todo; sus oídos, tan diminutos también, oyen el ruido más imperceptible; sus patitas, tan sumamente frágiles, les permiten saltar como pelotillas de goma y con sus alas pueden surcar el espacio con la rapidez de una flecha. Todo en el pájaro es gracia, soltura, agilidad.

—Estamos de acuerdo completamente. ¿Verdad que no parece natural que existan pájaros bobos?

—Pues los hay. Una variedad de pingüinos ha merecido ese nombre por la torpeza de sus movimientos y de sus instintos. Tal vez la excesiva confianza en creer que nadie ha de hacerles daño les haga caer en la torpeza que se les atribuye.

Entonces tú crees que más que torpes son confiados.

—Indudablemente. De otra forma no dejarían que el hombre se aproximase a ellos. A tal punto llega su confianza que, si no se les acomete, dejan que el hombre ande entre ellos como un semejante de su especie.

En realidad no debiera llamárseles bobos sino incautos, porque no saben que el hombre, a pesar de su privilegiada inteligencia, es el más formidable enemigo de todos los animales. Hablo, claro está, del que no ama a los animales, porque hay muchas personas que los respetamos si no intentan agredirnos y hasta nos desvelamos por tratarlos bien.

—Veo, amigo Chonón, que hablas en primera persona.

—Porque ya sabes de sobra que yo estoy incluido entre los protectores de los animales.

—Y de las plantas también ¿no es eso?

—Naturalmente. Eso ni se pregunta.

—Vamos, pues, a tratar del pájaro bobo. Ya te he dicho que pertenece a la familia de los pingüinos. Son los mayores de todos, por lo que se les llama también pingüinos gigantes. Tienen la cabeza, la nuca, la garganta y la barbilla de un negro pizarroso muy intenso; una mancha oval y vertical que hay detrás de la oreja, así como una estrecha faja que se corre por los lados del cuello hacia abajo, y la parte anterior del cuello, son de un amarillo de yema. Todas las partes superiores están rayadas de un gris de plomo. El pico es de un negro de cuerno, la mayor parte de la mandíbula inferior, desde la base, de un rojo vivo de lacre, y los pies parduscos.

—¿Son muy grandes los pingüinos?

—La longitud total de esta especie, que varía mucho, según parece, es de un metro o algo más; la de las alas de cerca de medio metro. La hembra es algo más pequeña pero exactamente igual en color.

—A juzgar por las fotografías que yo he visto el Polo debe de estar invadido de estos animalitos. Aparecen en bandadas de muchos centenares.

—Pues a pesar de eso, escasea mucho el pingüino. La constante persecución de que es objeto ha reducido muchísimo esta especie de pájaros. Además, como el huevo constituye un excelente alimento, los cazadores no dejan en paz ni los nidos.

—¿Y a qué se debe principalmente el calificativo de bobos que se les da?

—A la gran torpeza de sus movimientos. Como tienen las patas muy cortas en relación con el resto del cuerpo, han de andar a pasitos cortos, imprimiendo a su cuerpo un movimiento en extremo gracioso. Sus alas no les permiten volar y sólo les sirven para batirlas en caso de apuro y defenderse con ellas si es preciso. Los huevos que como te he dicho son muy buscados porque constituyen un plato excelente, tienen la forma de un trompo; y son de doce a trece centímetros de largo. La cascara es gruesa, mate y de poros profundos. El polluelo sale del cascarón cubierto de un plumón gris oscuro y sus padres le conducen casi en seguida al agua.

—Eso quiere decir que saben nadar bien.

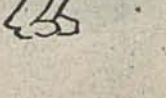
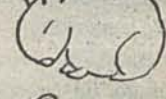
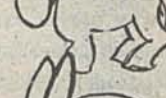
—Desde luego. En el agua se manejan mejor que en tierra, pues como los dedos de sus patas están enlazados por membranas, como ocurre en todos los palmípedos, se sirven de ellos como de remos y llegan a alcanzar alguna velocidad. En cambio por las rocas trepan a duras penas y se cansan pronto.

—Para cazarlos entonces lo mejor será cerrarles la retirada del agua.

—Así hacen sus perseguidores y logran matarlos con un simple palo. Cualquier rumor les inquieta más que la vista de un objeto. De vez en cuando lanzan un ligero grito.

—Y dime, mi querido Buho, ¿no defienden los huevos cuando se los arrebatan de los nidos?

—Nunca se muestran hostiles a este secuestro y lo más que hacen es tirar picotazos si se les mortifica o hace daño. Ese abandono de sus crías es otra de las causas que abonan en favor del calificativo de bobos. Entre todos los pingüinos, es el mayor el llamado pingüino real, que habita exclusivamente en el Polo Norte, a diferencia de los demás de su especie, que indistintamente se hallan en el Norte o en el Sur. Todos ellos se alimentan de peces de pequeño tamaño, con preferencia los que quedan en los remansos de agua formados por los hielos.



COLABORACION PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La gallina y sus polluelos
Atanasio de Haro



Una casera
Rosario Losada



Estudiando
R. Losada



En plena carrera
C. R. de las Cuevas, 10 años



Mi tío del Africa
Rosita Padró



La carmen de España
Inés Jaraquemada



Un buque
Juanita de la Serna



Un guerrero
C. R. de las Cuevas
10 años



1850
Inés Jaraquemada
13 años



Un Miura,—Luis Gabriel



Pinocho Vencedor. Rafael Uribe



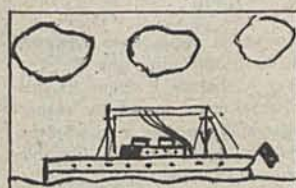
Carmen
Aurora Carrasco
12 años



Don Turu
Carmen Urrutia



Un aeroplano
Rafael Melero



Un trasatlántico.—José Losada



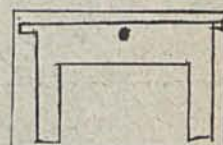
Paisaje.—Ramiro Gutiérrez



Un molino
Pedro Osés



Un torpedero.—José Losada



La mesa de mi papá
Angel Laborda



Paisaje.—Lolita Mendoza



Chapete
Salvador Gete



Mis dos maestros
Enrique Glenn



Currinche
Balbino Fernández



Una señora antigua
F. R. O.



El niño del caracol
Lucas Pardo



Anita
Rafael Uribe



Alta mar
César Peláez, 5 años



Un barco de vela
Pedro Osés



Pinocho.—Rafael Melero



Don Turu
Carmen Orfila

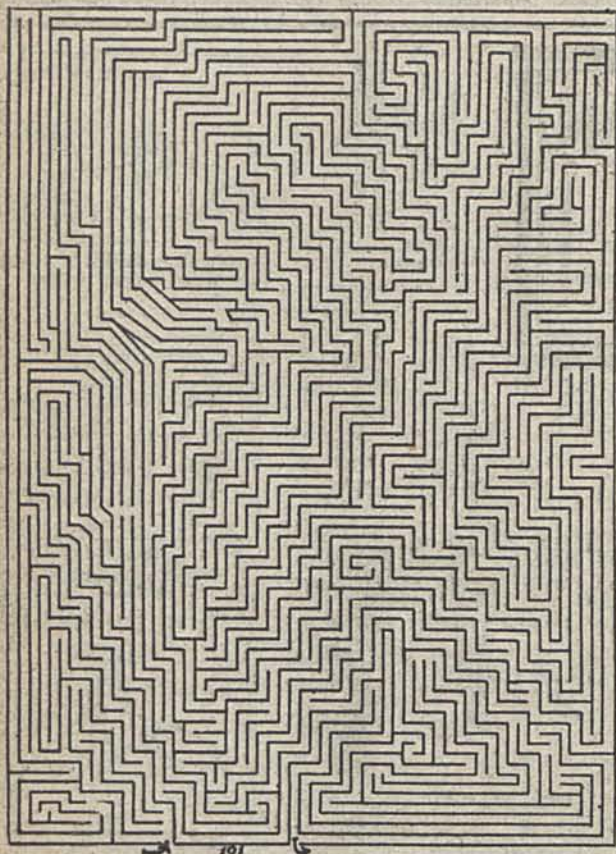


Don Turulato
Daniel Fernández
8 años

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

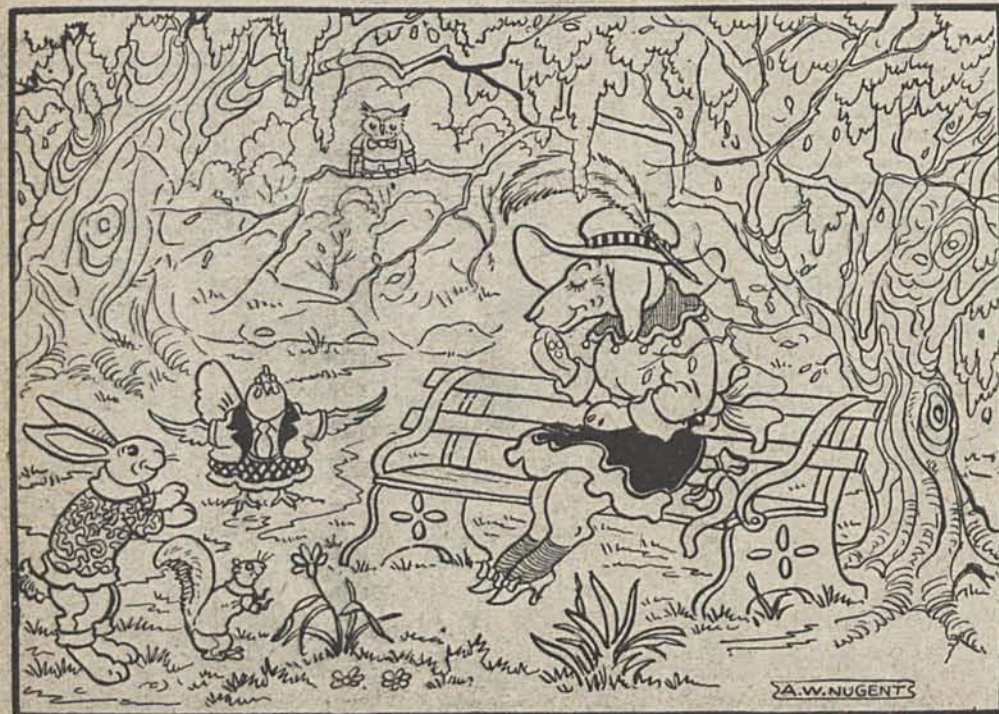
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL LABERINTO FILIPINO



En las islas Filipinas, en los alrededores de Manila existe un laberinto del que, una vez que se entra en él, difícilmente se puede salir. Nosotros hemos podido sacar un plano del citado laberinto. En él están indicadas la entrada y la salida. ¿Podréis saber vosotros cuál es el camino que las une? Ya lo creo que podréis. Tengo la seguridad de ello... pero las cosas hay que demostrarlas... Con que ¡ya lo sabéis!

LOS CINCO PERROS



LA LUNA Y LAS ESTRELLAS



Hay que dividir, con sólo un corte recto, la luna, en tres partes de forma que en cada una de ellas hayan dos estrellas. El buho que hay en la parte de abajo del dibujo no tiene nada que ver con este asunto.

Cinco perros decididos e inquietos, cansados de la vida vulgar que llevaban, pusieron de acuerdo, y una noche, después de cenar, abandonaron sus respectivos hogares, dispuestos a recorrer medio mundo... Pero, apenas llevaban andados unos 17 kilómetros cuando llegaron a la entrada de un frondoso y espesísimo bosque.

La frescura y la amenidad que dentro de él se brindaban eran aliciente para que nuestros viajeros entraran en él a descansar... Anochece... Los cinco perros estaban cansados y decidieron echar un sueñecito al pie de unos copudos robles que a su vista se mostraban... ¡Grrrrr! ¡Grrrrr! (Esto quiere decir que ya se han dormido los cinco perros). Cuando despertaron no querían dar crédito a lo que sus ojos veían. Estaban en un jardín perfumado y luminoso. Las flores eran piedras preciosas y sus hojas láminas de plata y oro. Una música lejana venía en el viento... En el dibujo presente podréis verlos en el jardín, en compañía de S. M. Leal III. ¡Ah! ¿Pero no los véis? ¡Claro! ¡Como el jardín está encantado! Buscadlos.

ANITA BUEN- CORAZON



Fantasías de Pirula

UN COLLAR de BELLOTAS

SECCIÓN PIRULA

Dolorcitas (cualquiera averigua por qué a Dolores no la llama nadie Lola o Lolín, y en cambio a su prima Josefina, la llaman siempre Pepita), Dolorcitas, digo, ha visto en el cine cómo se pescan las perlas y esto la ha impresionado mucho.

Ha visto cómo, colgado de una cuerda que sujeta un compañero desde una lancha, el pobre pescador tiene que sumergirse en el mar y permanecer sin respirar todo el tiempo que tarda en arrancar unas cuantas ostras adheridas a la roca; y cómo a veces tiene que luchar con enormes pulpos que intentan ahogarle entre sus incontables tentáculos, o con voraces tiburones, que intentan cortarle una pierna para devorarla.

Y todavía si el pobre pescador arrostrase tantos peligros y sufrimientos para enriquecerse... ¡Pero si, si! de las ostras que arranca al fondo del mar muy pocas están enfermas, es decir, que padecen ese grano que es la perla, y cuando encuentra alguna, se queda con ella el patrón de la pesquería, mientras que él, sólo cobra un jornal miserable.

La vista del pobre pescador y las explicaciones que le ha facilitado su papá, han conmovido de tal modo a Dolorcitas que ha jurado solemnemente que ella no aceptará nunca el regalo de un collar de esas perlas que cuestan a los desgraciados pescadores tantos sufrimientos.

Entonces, el día en que alguien se empeñe en ofrecerle a Dolorcitas un collar ¿de qué lo pedirá? De brillantes? De esmeraldas? De rubíes? No, tampoco podría llevarlos con la conciencia tranquila de que no hayan costado

ningún dolor, que también los mineros pagan lo suyo para sacar de la tierra esas piedras preciosas.

Dolorcitas está perpleja, si bien «por fortuna», nadie le ha ofrecido todavía ninguna de esas alhajas; los regalos más valiosos que recibe son los que le lleva su tío Luis el día de su santo y Dolorcitas no cree (y con razón) que ninguno de ellos, ni aun su casita de muñecas con baño y teléfono automático, ni aún su costurero de piel, equivalga del todo a un collar de piedras preciosas.

Pero en fin, tampoco es cosa de que Dolorcitas se quede sin collar; aquí está su amiga Pirula para ofrecerle uno, o por lo menos la idea de uno, que siendo precioso no haya sido obtenido a costa de ninguna vida humana, ni aun de un dolor de muelas.

Este collar es de... bellotas. Estos frutos de la encina que tanto le gustan a cierto animalito de esos que tienen un rabito en forma de tirabuzón (ya me entendéis) se enhebran, tras de hacerles el agujero indispensable, en un cordoncillo de seda no demasiado fino.

El efecto es más bonito si no se enhebran seguidas, sino dejando un trocito de cordón de bellota a bellota, haciendo un nudo antes y después de enhebrar cada una.

Las bellotas no se utilizarán con su color natural; pueden teñirse en el color que se quiera y el casquillo, con purpurina bronceada.

Como este collar resulta «un poco» más barato que los de perlas o brillantes, Dolorcitas podrá permitirse el lujo de tener uno de diferente color para cada vestido.

Como supongo que también vosotras os haréis alguno de estos collares, si os sobran algunas bellotas, no os las comáis, pues son pesadas para el estómago; además, podéis aprovecharlas de una manera mucho más «pirulesca» o sea bonita y práctica; las cortáis por la mitad en el sentido del largo y las pegáis, formando dibujos geométricos, sobre cualquier caja que convirtáis así en un cofrecillo muy original, para guardar pañuelos, guantes o cintas.

